

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 7 de Febrero

Núm. 5

Año XII. No. 525

SUMARIO

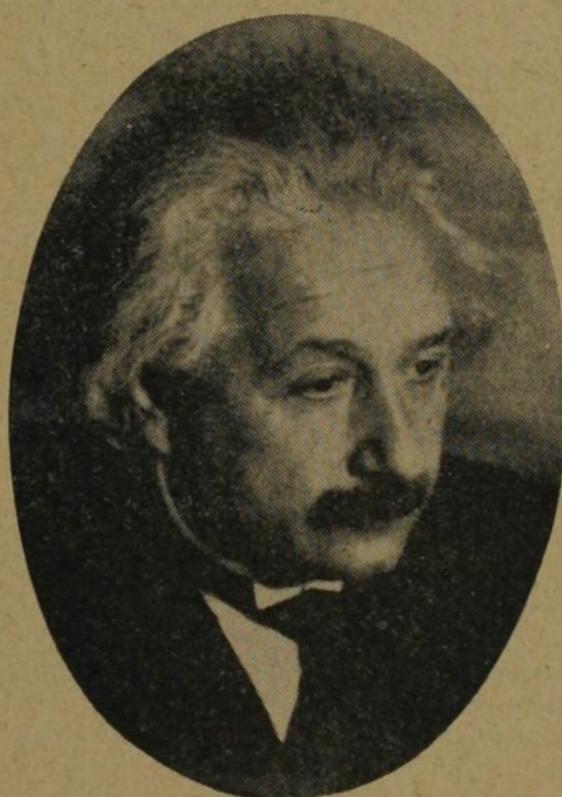
Pacifismo militante.....	Albert Einstein	Bandidos y Piratas.....	A. Ortega Díaz
Einstein y Costa Rica.....	Hipólito Mattonell	Al margen de las insurrecciones.....	Haya de la Torre
Los días de la plutocracia yanqui están contados.....	Juan del Camino	Toledo.....	Max Jiménez
Bibliografía titular.....		Busquemos el libro difícil.....	Benjamin Jarnés
Anna Pavlowa ha muerto.....	Rogelio Sotela	Libreamericanismo.....	B. Sanín Cano
No ser hombre de partido.....	José Ortega y Gasset	El Dr. Armodio Arias ocupa el solio presidencial en la República de Panamá.....	Corina Rodríguez de Cornick
Levántate, Carmencita.....	Rafael Estrada	Lo que iba a decir el Dr. Enrique José Varona en el homenaje a Trejo.....	
Más motivos de Año Nuevo.....	Persiles	Tablero (1931).....	
Con The Nation.....	Salomón de la Selva	Revolución universitaria y horas americanas.....	Miguel Angel Asturias
El crepúsculo de las Dictaduras (I).....	José Rafael Pocaterro		
La irresistible Revolución de la India.....	H. N. Brailsford		

Pacifismo militante

= Versión de Hipólito Mattonell
para Repertorio Americano. =

Cuando se reúnen pacifistas prevalece entre ellos el sentir de que dentro de su círculo todos son ovejas y que, fuera de su círculo, están los lobos. Ocurre que, por regla general, los pacifistas no se relacionan sino con quienes comparten sus ideas. No se esfuerzan por salir del aprisco y convencer a los demás. Ya debieran esforzarse los pacifistas que lo son en serio, por hacer algo efectivo en vez de contentarse con sueños ociosos o con sólo hablar de su pacifismo. El próximo paso que tenemos que dar inmediatamente debe ser actuar: *hacer algo*. Démonos cuenta de que, en cuanto hay guerra, todo mundo cree tener la obligación de cometer un crimen: el crimen de matar. Esa creencia hay que destruirla en tiempo de paz, haciendo que la humanidad comprenda que la guerra es inmoral, que la guerra es una institución tan anticuada como bárbara de cuyas cadenas los hombres, por cuanto medio esté a su alcance, deben libertarse.

Para el logro de tal fin sugiero dos cursos de acción. El uno ya ha sido puesto a prueba y la excelencia práctica de sus resultados ha tenido abundante comprobación. Consiste en negarse a prestar servicio de guerra, sea de la especie que fuere y en cualesquiera circunstancias. Cuantos quieran hacer algo positivo que tienda a la pacificación universal, deben asumir esa actitud aún a riesgo de gran sacrificio personal y de los mayores sufrimientos. Y es en tiempo de paz cuando los pacifistas que de veras lo son deben tomar esa posición aún en los países donde el servicio militar es obligatorio. En los países donde no lo sea, los pacifistas deben manifestar abiertamente que nunca to-



Einstein

Einstein y Costa Rica

Don Joaquín García Monge,
Repertorio Americano,
San José de Costa Rica.

Mío carísimo:

Jesús, Buda, Lao-Tse, Tolstoy, Rolland, Gandhi, Tagore, Bertrand Russell, y, ahora, Einstein. Son los grandes capitanes del Pacifismo. Son los héroes, de altura moral incommensurablemente por encima de la de los matadores de hombres. El hombre dulce, el hombre hon-do, el hombre sabio; los grandes novelistas, los grandes poetas, los grandes filósofos, los grandes matemáticos. La lista que doy es incompleta. Atenas tuvo a Eurípides, y, en medio a la borrachera de Alcibiades de que se contagiaron los mandones de aquel pueblo, todo un partido pacifista. En España, cuando la guerra de Cuba, hubo también pacifistas, como en la Gran Bretaña cuando la guerra de independencia de los Estados Unidos. Los maestros de historia, por ignorancia, hacen caso omiso de tan grandes ejemplos, y se nos enseña que la guerra es poco menos que natural condición de los pueblos. ¡Abajo con la mentira! Mucha gracia me ha hecho lo que hace poco leía en el chispeante semanario The New Yorker, que es una especie de Carteles en yanqui. Decía The

marán armas ni prestarán servicio militar ninguno. Aconsejo que en todo el mundo se reclute, por así decirlo, apoyadores de esta idea. A los timoratos que alegan *el no servir ningún esfuerzo que hagamos por que somos corto número*, les replico que *si en tiempo de paz logramos que siquiera un dos por ciento de la población del mundo afirme que no peleará, estarán resueltas con sólo eso las dificultades internacionales*. Basta ese dos por ciento para el logro de lo deseado, porque no se podría encarcelar a tantos. ¡No hay en el mundo cárceles bastantes para contenerlos!

El segundo curso de acción que aconsejo parece menos ilegal. Debiera ponerse la legislación internacional a tono con la idea de que, a quienes se oponen a la guerra, se les debe permitir rendirle a la patria o a la humanidad toda, internacionalmente, algún servicio difícil y aún peligroso. Así podrán probar que no es por razones de cobardía ni de egoísmo que se oponen a la guerra.

Abrigo fe en que quienesquiera que adopten este programa conseguirán a la postre establecerlo como regla internacional, ya sea por medios legales o por otros medios. Aconsejo, por consiguiente, a todos los que se oponen a la guerra, que se organicen internacionalmente. Les aconsejo también que hagan colecta de fondos con que puedan dar refuerzo a los que se oponen a la guerra en países en donde no se cuenta con medios para fomentar la gran obra. Estas actividades hay que iniciarlas, y proseguirlas con valor. En ello manténganse firmes quienes sostengan el evangelio pacifista, para que el mundo los vea y, por su actitud, llegue a respetarlos.

(Pasa a la página 70)

Albert Einstein